

El mundo es de todos

Entre abrazos, risas y felicitaciones disfrutábamos del éxito de nuestra ceremonia cívica del mes de Noviembre. En el patio yacían más de treinta y seis tumbas; depósitos de tristeza y de lágrimas. Ataúdes que en otro escenario darían un toque de escalofrío y desolación. Pero en nuestro contexto eran un tesoro. Estaban impregnadas de un centenar de horas de entusiasmo, esfuerzo, alegría, cansancio y de grandes sueños.

Los niños disfrazados de ángeles, zombis y calaveras con sus caritas maquilladas, brillaban ante los flashes de las cámaras que parecían estar en sintonía con Thriller. Un suspiro de satisfacción daba pauta a un estado de tranquilidad que no duró ni cinco minutos. De pronto un sentimiento de impotencia se apoderó de mí ante la despectiva actitud de algunas madres de familia que comentaban “Si no fuera por esos *mongoles* nuestros hijos se hubieran lucido” “Cómo se le ocurrió a la maestra reunirlos en un solo baile” “Pensé que la niña se desplomaría encima de mi hija” “En lugar de bailar, mi hijo tenía que empujar la silla de ruedas de ese niño”. En ese momento quisiera haber tenido el don de silenciar la voz de las personas que peyorativamente se referían a mis tres pequeños.

Es terrible ser testigo del sentimiento de individualismo que aqueja a miles de personas. Es egoísta pensar que en el mundo sólo debe de existir la perfección. El no observar movimientos uniformes en un baile no demerita el valor de vencer los miedos y las inseguridades ante quienes los observan en un escenario. Tampoco debe de convertirse en invisible la perseverancia y la lucha por ejercer los movimientos al ritmo de la música con una discapacidad.

¿Qué sociedad estamos formando? ¿Quiénes tenemos la mayor responsabilidad para educar a las nuevas generaciones? Si los niños aprenden imitando ¿Qué pautas de comportamiento infunden este tipo de padres? Esa es la razón de la lucha interna de los alumnos por la aceptación de sus compañeros con discapacidad en el aula y por consiguiente, en la sociedad.

Cuántos de estos casos habrán vivido nuestros pequeños. Qué ignorancia sufren algunas personas que no aprecian la belleza de sus actos, la inocencia de sus sentimientos, la esperanza de sus sueños, la luz de alegría que opaca la obscuridad del mundo egoísta que

discrimina y excluye. No hay que olvidar que ninguno de nosotros estamos exentos de tener una experiencia cercana con la discapacidad. No sólo en ese momento debemos tener consciencia que el mundo es de todos. El mundo es inclusivo y todos tenemos derecho a la vida, la igualdad, la libertad y la educación.

Mtra. Iliana Guadalupe Peña Anaya